

**MATEO 20, 29-34**

- <sup>29</sup> Cuando salían de Jericó, le siguió una gran muchedumbre.  
<sup>30</sup> En esto, dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al enterarse que Jesús pasaba, se pusieron a gritar:  
 - “¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!”  
<sup>31</sup> La gente les increpó para que se callaran, pero ellos gritaron más fuerte:  
 - “¡Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!”  
<sup>32</sup> Entonces Jesús se detuvo, los llamó y dijo:  
 - “¿Qué queréis que os haga?”  
<sup>33</sup> Y le dijeron:  
 - “¡Que se abran nuestros ojos!”  
<sup>34</sup> Movido a compasión Jesús tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista, y le siguieron.

**CUANDO LEAS**

♦ Este relato de la curación de dos ciegos es similar a 9, 27-31, perícopa que profundizamos y oramos el pasado curso. Allí Jesús volvía a Cafarnaún, se encontraba en pleno ministerio anunciando con palabras y signos la llegada y restauración del Reino, bien ilustrados con tales curaciones milagrosas en estos y otros textos. Ahora, en cambio, Jesús actúa a punto de inaugurar la etapa de Jerusalén, antes de entrar en el lugar donde se enfrentará a los jefes religiosos, denunciará la falsedad y vivirá el misterio de su muerte y resurrección.

- ♦ La historia de hoy es importante bajo tres conceptos:
- Es un recordatorio sutil de que los hijos del Zebedeo (que contemplamos en el anterior fragmento) necesitan ver de nuevo con los ojos de la fe.
  - Demuestra que el Hijo del hombre, en el mismo momento en que va a entrar en Jerusalén, está dispuesto a servir a los despreciados y rechazados.
  - El grito dirigido a Jesús como “Hijo de David” prepara el escenario para que el gentío lo salude y aclame a continuación como Hijo de David (21,9).

♦ En esta ocasión los ciegos están sentados al lado del camino pidiendo limosna a los peregrinos que vienen a celebrar la Pascua. En cambio, al oír que llega el profeta de Galilea gritan a él pidiendo compasión y curación. Se dirigen a él llamándolo “Hijo de David”, el que puede traerles justicia. Generalmente tal expresión se interpretaba en sentido político y nacionalista, sentido que Jesús ciertamente deseaba evitar. Como en la profecía de Isaías, estas curaciones físicas suponen siempre sanaciones de la ceguera espiritual para que los curados “vean a Dios” (5,8)

♦ La gente, ansiosa por llegar a Jerusalén, meta de su peregrinación, les manda callar; pero Jesús tiene compasión y les sana; y sus vidas quedan de tal modo tocados por él que ellos se disponen a seguirlo como discípulos.

**CUANDO MEDITES**

♦ No supone ninguna novedad encontrar a Jesús en camino; sale de Jericó, se dirige a Jerusalén. Tiene clara su misión; el Mesías, enviado a todos, va a su encuentro y permite que le sigan. Una vez más es un gran gentío el que admirado sigue sus pasos. Pero son los dos ciegos situados fuera del camino los que llaman su atención. Jesús no busca el halago de las multitudes, no se conforma con que una muchedumbre le pise los talones y le aclame como ocurrirá a continuación, cuando le reciban en Jerusalén.

Son dos excluidos que han oído hablar de Jesús los que “*se pusieron a gritar*”. Dos necesitados que no son indiferentes al paso de Jesús. Su fe les lleva a pedir con fuerza, les

conduce a gritar sin temor. Han tenido que saber antes del hombre en camino para apelar a su compasión, para confiar en su poder.

◆ Y a pesar de que la muchedumbre les invitaba a guardar silencio *“ellos gritaron más fuerte”*. No se dejan intimidar por la multitud, por las voces de los que les gritan. La confianza en el que puede sanarles supera cualquier temor humano. La multitud sólo consigue que insistan en su petición e incluso con más fuerza, más alto. Los que pretenden acallarlos, en lugar de silencio sólo hacen que su fe se reafirme haciéndoles repetir su oración.

Jesús mismo ha enseñado siempre a orar sin desfallecer. Ha exhortado a pedir para poder recibir, a llamar para que se nos abra, a buscar si se desea hallar. Tenacidad al suplicar, confianza en el Dios que hace brillar su sol sobre buenos y malos, abandono en el Padre que no sabe dar cosas malas a sus hijos. Es la experiencia vital del Hijo que quiere que sus discípulos aprendamos porque no hay mayor falta que desconfiar de la siempre posible acción del Espíritu en cada existencia.

◆ Y la profunda confianza de los dos ciegos recibe la anhelada respuesta consiguiendo que Jesús se detenga, les preste atención y ofrezca su palabra. Jesús les pregunta directamente sobre sus deseos y las esperanzas que han puesto en él al gritarle. Jesús y los dos excluidos frente a frente. Es el momento de exponer su necesidad.

*“¿Qué queréis que os haga?”* Jesús no se anda con rodeos, les pregunta, te pregunta. El bullicio del gentío silenciado para estas dos personas por una pregunta clara y vital.

◆ Ellos no dudan; también abiertamente dejan aflorar sus expectativas ante Jesús. Expresan lo que realmente quieren y necesitan de él. **¡Que se abran sus ojos!**

◆ La compasión, una vez más, produce sanación. Porque sólo el Amor puede curar y restaurar cualquier existencia, toda realidad. El amor verdadero de Jesús, amor real y totalmente sincero; no exhibicionista ni paternalista, devuelve la salud, la paz, la vida, la integridad... Amor para el que nada, absolutamente nada, es irreparable o “insalvable”. Porque la suya es compasión real, es profundamente sanadora, rehabilitadora y vivificante siempre.

◆ *“Recobraron la vista y le siguieron”*. Sólo con unos ojos abiertos se puede amar de verdad, y ¿qué es si no seguir a Jesús el Maestro? Ser sus discípulos es seguir sus huellas, vivir bajo el distintivo del amor. Porque el amor no es ciego; amar es mirar abiertamente y acoger al otro con todo lo que es. Para amar y seguir los caminos del evangelio es preciso tener los ojos bien despiertos. Sin miedo a aceptar las sombras y debilidades personales, de los otros, de nuestro mundo. Sin mirar superficialmente y cerrarse a la inmensa riqueza de cada criatura, de toda realidad. Vivir nuestra existencia con los ojos abiertos es desear contemplar todo tanto con la profundidad como con la misericordia y ternura con la que Dios Madre-Padre nos mira.

## **CUANDO ORES**

◆ Sitúate en la escena. Ahora observa dónde te encuentras. Tal vez cerca de Jesús; callado y atento para respirar y aprovechar su presencia o quizás formando parte del alboroto de la gente. Contempla y acepta tu decisión, tu forma de acercarte a Jesús. No te juzgues. Sólo acepta.

¿Te has situado tal vez al borde del camino, fuera de él? Entonces permite que de tus entrañas brote tu grito más hondo. Clama a Jesús lo que más anheles. Dile aquello que te mantiene a distancia; de él, de los otros. Olvida el gentío, Jesús se detiene para escuchar tu lamento, el de los tuyos. Para él sólo existes tú en este momento. **¿QUÉ QUIERES QUE HAGA POR TI?**

◆ Ora siempre con el NOSOTROS; el mundo, tu mundillo, tu familia, tu comunidad, tu gente, tus amigos y enemigos. ¡Que tenga misericordia de nuestras miserias, errores, necesidades...!

◆ Escucha y percibe en tu interior los bullicios que ahogan las verdaderas llamadas de tu vida; los ruidos que acallan tu verdadera identidad y los gritos de tus semejantes, las preocupaciones y entretenimientos vanos que te impiden ver, servir al prójimo, acercarte y fiarte del excluido.

◆ Pide que se te conceda la gracia de orar sin desfallecer, día y noche.

◆ Suplica el don de un corazón realmente compasivo, no de héroe salvador. La compasión de Jesús no humilla; siempre levanta y enaltece.

◆ **AGRADECE EL REGALO DE LA FE PARA VER CON LOS OJOS DE DIOS.** ¡Y que él la creciente y renueve cada día para ir por el mundo con los ojos bien abiertos!